Daniel Vidart y el amor por su pago

Daniel Ernesto Vidal Bartzábal nació el 7 de octubre de 1920 la 6ª sección Judicial de Paysandú, en los pagos de la cuchilla santa ana y falleció recientemente, el 14 de mayo en Montevideo. Lo traemos hoy, a propósito de un nuevo aniversario de la declaratoria de Paysandú ciudad. No enumeramos ahora sus incontables lauros como antropólogo y escritor, como historiador, como guía cultural de la identidad nacional, ni hacemos su biografía. Sólo tratamos aquí de recopilar algunos trazos que remarcan su condición de sanducero, destacando especialmente lo reproducido en esta misma página, que es una nota suya publicada en el álbum oficial de los festejos del bicentenario de Paysandú en 1956 (a pedido expreso de los editores), donde cuenta y justifica su amor por el pago natal, pese haber vivido la mayor parte de sus 98 años fuera del terruño, por imperio de las circunstancias.

Andrés G. Oberti Rual

MEMORIA DE PAYSANDÚ

El río Uruguay es su hasta húmeda, repujada por las islas, decorada por los pájaros; su gran cuerpo, que se extiende de Norte a Sur entre los bosques rigurosos del Daymán y las yararás arteras del arroyo Negro, se desfleca en el Oeste, estallando en ágatas azules; y en su soleada franja rural trotan las ganaderías, ruedan los dados blancos de las casas de estancia y una deidad celosa de tanto esplendor salpica con el barro triste de los rancheríos la piel juvenil de las gramillas.

En Paysandú nací, en la horqueta de su tala centenario se mece el nido de mi estirpe, en su tierra fuerte duermen mis abuelos; en sus campos dilatados aprendí a querer lo nuestro.

Mi recuerdo de Paysandú es como un gusto delicioso de pitangas, como el resplandor nostálgico de un fogón en la noche, como el repique de un cencerro cantando entre las lomas.

Paysandú es mi pago, y por el pago se empieza a descubrir la sonrisa de la patria.

Cuando los montoneros de 1811 se alzaron detrás de sus caudillos para quebrar a lanza seca la furia española, no iban movidos por el sentimiento abstracto de nacionalidad. Los dinamizaba el músculo espiritual de sus querencias, el alarido de sus jefes naturales nacidos en rincones sustantivos, la voz tierna y aguerrida a la vez de sus terruños.

Los de tierra adentro bien sabemos lo que significa el pago. El pago es la dádiva afectuosa del cielo, el pasto que endereza su colita después de las lluvias, la cruz del Sur que se lava en nuestras primeras lágrimas, el pan dorado que sale como un sol de la tiniebla del horno, el balido de los corderos guachos, los huevos de tero reventados en nuestros bolsillos de inquietas vizcachas infantiles. El pago no conoce el asfalto ni el ruido agresivo de las calles. Su calle única es la del camino que arrastra su polvorienta víbora hasta el brocal del horizonte, su ruido bucólico es el canto amarillo de los benteveos, el grito de guerra de los picapalos, el redoble de los chingolos inocentes. No hay hollín de chimeneas en su aliento claro. Sólo humo de ranchos, humo indio que asciende melodiosamente en las tardes serenas, que se alborota con el pampero de los mediodías vibrantes, que se mete en los ojos y en el alma cuando la cocina es un corral de risas y leyendas.

Hoy Paysandú regresa a mi evocación con toda su gracia litoral, con todo el salvaje aroma de su plenitud norteña. Cambié sus cerros chatos por los cerros cónicos; sus águilas moras de graznido altivo por los tordos que se disputan las lombrices del surco, sus potreros sin límite por los mojones de las chacras. Dejé el Norte y me vine el Sur, entre los remolinos de un huracán caliente que me arrancó de mi solar querido.

Pero ¡cómo llaman los tambores de piedra de los cerros de Basualdo, cómo puntean las guitarras de Bacacuá sus viejas vidalitas, cómo hacen señas los rubios pañuelos de Buricayupí con sus campos de flechilla!

El Norte es el caballo, la estancia, la lumbre hospitalaria, el alma ecuestre, la libertad cuajada de luceros. El Sur es el buey, la granja, la melancolía agraria, el hombre apeado, el grillete de la azada.

Allá arriba, la bota con una estrella que canta en el talón imperioso; aquí abajo, el temango con el barro que manea al labrador sufrido.

Del río Negro a la frontera, la mitología de la lanza; del río Negro al Plata, el simulacro de la picana. Pero ambos, Norte y Sur, galope y mancera, asado y hortaliza, configuran las dos mitades de la patria, la dialéctica de nuestra supervivencia, el contrapunto de nuestro albedrío. Tampoco Paysandú es el que dejé hace veinte años. Sobre sus terrenos cretáceos prospera una agricultura premiosa y conceptuada como ejemplar, aunque para mi gusto conserva en su cuño una desmesura viril de guerrilleros y contrabandistas.

Mis primeros recuerdos y mis primeros deslumbramientos están unidos al río Uruguay. Dondequiera que vaya va mi río conmigo, como un tahalí de aguas celestes cruzado sobre mi pecho, y ni el Paraná, ni el Amazonas, ni el Ródano, ni el Pó, ni el Sena, ni el Támesis, pudieron resistir el paralelo con su avasallante hermosura.

En sus orillas conocí, antes que la palabra, el sentimiento de lo bello, la platónica esencia de la divinidad. Las islas contempladas desde la entonces humilde playa Calleja, semejaban saurios prehistóricos aferrados al lecho del río con oscuras zarpas de barro, vestidos con dulces panoplias de arena, coronados por penachos de árboles umbrosos.

Cuando el sol se degollaba en los alambrados de Entre Ríos su sangre teñía las aguas con el zumo de claveles delirantes. La tarde entera, igual que un hierro al rojo vivo, semejante a un churrinche gigantesco, se sumergía en la corriente, y yo, trémulo, encendido como una pequeña nube por la luz moribunda y gloriosa, me sentía un personaje más en l atragedia cósmica del sacrificios ritual del día, del advenimiento sagrado de la noche. Bandadas de torcazas regresaban a los montes; los labios de la brisa recitaban la epopeya de mi ciudad heroica; la barca María Madre, espíritu tutelar y flotante de Paysandú por muchos decenios, se arrebolaba de súbito como un grito de oro y luego volvía a su madera doliente, a su bauprés inútil, aguardando el poncho agujereado de estrellas que caería sobre todo el paisaje.

¿Cómo olvidar esas tardes poseídas por el arrebato de la más luminosa poesía? ¿Cómo no aprender así el lenguaje apasionado de la naturaleza, cómo no gustar su miel de eternidades?

Quien logró ser dueño de estos mundos de emoción no puede envidiar a nada ni a nadie. Posee un tesoro maravilloso. Debe vivir amando; debe morir sonriendo. Porque suyo es el reino de la belleza inmortal.

Doctor "por causa de honor" y reconocimiento nacional

A principios de octubre de 2013, el Centro Universitario de Paysandú propuso al Consejo Directivo Central de la UdelaR, nombrar "*Doctor honoris causa*" a Daniel Vidart, como reconocimiento a su trayectoria cultural.

En diciembre de 2012 se le había hecho un digno homenaje, a nivel local.

La idea fue aprobada por unanimidad y el jueves 26 de setiembre de 2013 en el Paraninfo de la Universidad se le entregó la alta distinción, con la participación del ministro de Educación y Cultura, Ricardo Ehrlich, el rector de la UdelaR, Rodrigo Arocena, la directora del Centro Universitario de Paysandú, Margarita Heinzen, y el profesor José López Mazz.

En la ceremonia formal, cuando a Vidart le tocó hablar, habló. Y enseñó. En pocas y precisas palabras sintetizó su agradecimiento y honor por el reconocimiento, el *leitmotiv* de sus estudios, su paso por este mundo, y resaltó su condición de sanducero, de orgulloso hombre de tierra adentro.

Richard Paiva, UCUR, 2014

No quiero terminar estas palabras sin volver los ojos del alma a mi Paysandú natal, esa añorada tierra de valientes. Los generosos miembros del Centro Universitario sanducero destacaron, al fundamentar el pedido de la gracia que hoy se me concede, mi espíritu de lucha, mi pulseada tenaz contra el infortunio, mi fortaleza para soportar los cimbronazos del tiempo.

Esto es lo que más aprecio y coloco por encima de la labor intelectual, fruto de un pensamiento hasta hoy nunca dormido.

Soy un hijo del campo, un hombre de a caballo desmontado por la tarea incesante de pensar y escribir, luego de haber viajado por un mundo cada vez menos ancho pero también, no obstante la tan llevada y traída globalización, cada vez más ajeno.

El destino me ha condenado, pues, a una existencia semi sedentaria que manea mis ansias de aire libre y campo abierto. Pero el paisanito que me anda por dentro, chicoteando memorias y despuntando esperanzas, me acompaña siempre.

Por eso, porque los sanduceros nacidos en una patria chica de varones templados y mujeres valerosas somos duros de pelar, cierro este testimonio de gratitud con unos versos alusivos del Martín Fierro: "Y con esto me despido/ sin espresar hasta cuándo;/siempre corta por lo blando/el que busca lo seguro;/mas yo corto por lo duro,/y ansí he de seguir cortando."

Cinco años más tarde, por su contribución a la cultura, Vidart recibió el "Gran Premio Nacional a la Labor Intelectual" otorgado cada tres años por el Ministerio de Educación y Cultura. Antes habían sido elegidos para esta gran distinción Eladio Dieste, Arturo Ardao, Juan Pivel, Rodolfo Talice, Mario Benedetti, Julio Da Rosa, José Pedro Barrán, Washington Benavides, Rodolfo Gambini y Circe Maia.

Daniel Vidart, sobre el patrimonio sanducero

(...) las comunidades y sociedades de este solar querido han construido una segunda naturaleza cultural y civilizatoria encarnada en los artefactos, en las cosas, en los objetos, en los edificios, en las relevantes estructuras del entorno, ya desde el punto de vista pragmático, ya desde el estético.

Y aquí, en una extensión planetaria donde lo diacrónico y lo sincrónico mezclan sus dimensiones es donde cobran acento propio una ciudad y su trastierra (...)

Estas materializaciones exigen un esfuerzo heurístico a quienes las contemplan e interpretan a la luz de sus significantes y significados –aquí aparece la distinción entre el mirar y el ver– y requieren a la vez lo que el ánima presta desde la raíz del sentimiento y el *animus* concede desde las altas cimas de la inteligencia.

Los hombres sanduceros y las obras que conceden fisonomía visible y acento patrimonial al casco urbano, al pago rural, al manejo tectónico de los materiales constructivos que conforman los paisajes humanizados, convocan la atenta mirada de quienes son capaces de organizar en un sistema coherente y convincente los fragmentos de realidad objetivados en aquellos. (...)

Extracto del Prólogo del libro "Paysandú: al rescate de patrimonios olvidados" del Arq. Rubens Stagno (2013.

Publicado por el investigador histórico sanducero Javier Ricca, en la Red Patrimonio Paysandú el 20 de mayo p.p.

"Un paisano de bien, un criollo de ley"

Podría explayarme largamente y todo confluiría en la síntesis: Daniel es un paisano de bien, un criollo de ley.

En el paraninfo, ante un atento público, una vez insistió: "Me dan un honoris causa sabiendo yo –y lo digo sin ninguna soberbia– muchísimo más que muchos doctores. De eso no tengan la menor duda, porque me formé en la biblioteca y en el camino".

Para Daniel el camino es la otredad, es el encuentro con el otro, multiétnico, multialfabético, analfabético, de todos aprendemos: por sus frutos los conoceréis.

Su obra no es (como él la autodefine) un puchero de recortes de libros. Daniel amalgama los puentes del camino con las orillas de los saberes eruditos, así sus hipótesis, sus proposiciones, son la urdimbre de las teorías, los hechos y los contextos que los envuelven.

Trotamundos impenitente, para él fue tan importante dar la vuelta al mundo como recorrer los caminos polvorientos de nuestra patria para conocer a su gente.

"Ya voy con el sol a la espalda, – proseguía Vidart - enderezando mis pasos hacia un previsible horizonte. Pero estoy en marcha y hago aun sombra en la tierra. He caminado mucho, y en el camino, no en la posada, aprendí"...

Y cuando "las patas" están guiadas por un espíritu atento, que sabe que el ver es más importante que el mirar, se llega " al grano donde duermen las esencias y significados de las cosas. En consecuencia, ver es comprender". Pero no solo ve, piensa universalmente, y este "pensar global" es su sello de distinción, permítaseme improvisar: su *"méthodo de hodos"* (método del camino) que ha desarrollado y plasmado tanto en su vida cotidiana como en su producción literaria.

Pero falta preguntarse: para llegar a la monumental obra de Vidart ¿alcanza con esto?

No.Sumemos a lo dicho su claridad analítica implacable. ¿Y eso es todo? No. Recordemos su disposición sin aquiescencias para enfrentarse a los infortunios de la vida. Intelectual comprometido, nunca se limitó a reproducir la historia pactada.

Daniel galopa por la loma, cada vez que habla tiene algo que decir, cuando calla, tiene por qué callar, no es el silencio del que procura sobrevivir. Nadie le regaló nada. Todo es fruto de su esfuerzo. Por todo esto alerto, la ética tiene un sinónimo: Daniel Vidart.

"

Imagen de una estancia sanducera, publicada en el álbum de El Diario en 1933. Bien pudo ser uno de los tantos lugares de nuestra campaña que conociera Vidart.